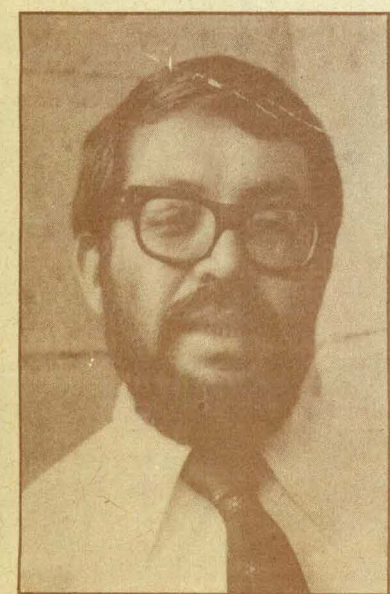


Al fin, una de cal

RIP A La DIP

Eno. 26-1993

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



No hemos tenido, nunca, suerte con nuestra policía. La del Porfiriato, la de la capital era, según el juicio de Moisés González Navarro, "escasa, ignorante, harapienta, despótica, inepta y estaba mal distribuida. Los 900 agentes de la ciudad de México sólo entraban en actividad en aquellos lugares y fechas en que había jolgorio con motivo de la celebración de algún santo o de algún héroe. Al trabajo intenso de los ladrones correspondía la habitual pereza de los policías, pereza que se achacaba a su poco sueldo".

Iban bien las cosas, sin embargo, cuando se trataba sólo de pereza, o cuando los agentes eran como en la descripción de González Navarro, que después sin saberlo ilustraría Abel Quezada al crear el policía con su propia mosca en órbita alrededor suyo.

Cuando iban peor, entonces los agentes policiacos actuaban de matones o torturadores. Casi nunca cumplían ese papel fúnebre los policías uniformados, los gendarmes. Desde el siglo pasado fue creciendo al lado de la corporación con atuendo característico, un cuerpo creciente de policías vestidos de paisano, que intentaban hacer investigación, pero que también crearon una escuela de indagación a base de tormentos o sirvieron para ultimar a revolucionarios y opositores del régimen.

Historia y literatura ofrecen abundantes notas sobre la barbarie policiaca mexicana. Por ejemplo, el 23 de enero de 1924 fue asesinado el senador Francisco Field Jurado. Sus asesinos pertenecen a esa oscura raza de agentes que ya no se sabe si en algún momento dejaron de serlo porque no perderán ese estado jamás, porque su oficio es, como el sacerdocio, de los que imprimen carácter. El director del grupo homicida, José Preve, es un joven coronel, que había servido a la Primera Jefatura como agente policiaco y luego se había empleado como matarife a las órdenes de líderes obreros. Compañero de otro célebre policía carrancista, el Chato Bernabé, su primera actuación delictiva consistió en quedarse con treinta mil pesos en un cateo. Lo acompañan personajes como de novela de terror: un gordito bonachón (así lo describe Tarcena) apellidado Ramírez Planas y, como en el Tenorio, el capitán Zentella.

La revolución hecha gobierno organiza la policía secreta en las Comisiones de Seguridad. En *La sombra del caudillo*, Martín Luis Guzmán sintetiza la barbarie de los agentes de esa corporación pintando al capitán Zaldívar, alias el *Alcayata*, jefe de esas comisiones.

Zaldívar dirigió el secuestro y la tortura (hacerle beber tequila hasta casi matarlo, incluso con un embudo) a Axcaná González, el periodista y diputado amigo de Ignacio Aguirre, alejado de sí por El Caudillo. Para cobrar venganza por el atentado a su contlapache, Aguirre hace venir delante de sí a Zaldívar, "alto, robusto, de cabellera rojiza que en ese momento reproducía, en parte, la forma del sombrero dejado poco antes. Su aire muy tranquilo, aunque alerta, era el normal de los hombres hechos a toda suerte de acontecimientos imprevistos. Fumaba con placidez el puro que Aguirre le dio al salir del despacho y se acariciaba con la otra mano —hábito de observadores— la cadencia del reloj".

Aguirre le dará a Zaldívar una sopa de su propio chocolate. Sabedor de que ha sido quien agredió a Axcaná hasta ponerlo en agonía, se dispone a practicar con él la misma operación, a menos que confiese por escrito que obró por orden del general Hilario Jiménez, el rival de Aguirre. Cuando la *Alcayata* comprende que está perdido, "el pelo rojizo del coronel Zaldívar contrastaba ya con su piel como la llama con el cirio. Un ligero temblor le sacudía la mano, ocupada en acariciar la cadencia del chaleco; en la otra, el puro se le apagaba. Era palpable, evidente, el cambio que iba operándose en

él". Finalmente escribió la confesión.

Feroces tales comisiones de seguridad, la reforma policiaca de 1932 las transformó en el servicio secreto. Mudó el nombre, no los hábitos ni las personas. Y nunca nadie tuvo la fortuna, como Axcaná en la imaginación de Guzmán, de ver someter al atormentador a torturas semejantes a las que había infligido. El profesor Hilario Moreno, por ejemplo, no tuvo esa suerte. Al contrario. Fue, militante comunista, detenido sin razón, uno de los miles de torturados que murieron en la averiguación y su cuerpo fue arrojado desde un alto piso en la tenebrosa torre de Tlaxcoaque, o él mismo, en verdad, se arrojó sobre la ventana, en enero de 1974, en la desesperación por evitar que los tormentos continuaran.

Si sólo hubieran sido las torturas directas, aplicadas una sola vez. Pero no. Javier Lira Puchet, el protagonista de *Lo de antes* de Spota ilustra una de las prácticas más viles del Servicio Secreto, la de impeler a delinquir en beneficio de la policía a ex presos a quienes de ese modo impiden que se alejen de la vida al margen de la ley.

En síntesis, la historia es así. Lira Puchet roba un abrigo de pieles, que regala a su novia, una sirvienta de la colonia Roma. La patrona de Conchita, la novia quiere comprar la piel, pero la criada se niega a venderla. La patrona la denuncia. Aparece entonces el comandante Burro Prieto, del Servicio Secreto. Él y cuatro agentes "que interrogaban a la sirvienta en un cubil de la jefatura, amenazaron con violarla si no confesaba quién le había dado la prenda. Conchita mencionó el nombre de Javier Lira Puchet. Como Conchita estaba muy buena, Burro Prieto y sus cuatro ayudantes abusaron de ella de todos modos". Lira Puchet cae preso, purga su condena y vuelve a la calle. Recibe ayuda y encuentra empleo. Pero Burro Prieto ha decidido que trabaje para él. Al encontrarlo, Lira Puchet se sorprende que esté de nuevo en la policía, pues a raíz de un escándalo había sido expulsado de ella. El detective explica:

"Salí, pero volví". Burro Prieto bajó a medias el cristal de la ventana, arrojó el cigarro sólo fumado en una tercera parte, lanzó una flema luego de una sonora desgarradura; hizo girar nuevamente, en sentido opuesto, la manivela que controlaba el vidrio; suspiró, pffff como si estuviera desinflándose; escarbó dentro de las bolsas de su saco azul plúmbago de tela ajada. Las dos pastillas de chicle corrieron como dados sobre la palma de su mano; las echó al interior de su boca (en la que relampagueó el oro de varios puentes) y se aplicó a rumiar la capa de azúcar que las cubría. "Claro que volví, que volvimos, como han vuelto todos los que han tenido que irse por lo mismo que nosotros, como seguirán volviendo al Servicio Secreto los que vayan a ser corridos por lo mismo que a nosotros nos corrieron..."

En esa época de reformas profundas que fue el Echeverriato, el Servicio Secreto de los comandantes Burro Prieto sufrió su reforma profunda: se le cambió de nombre. Se llamó a partir de entonces División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia. El nombre era kafkiano. A menos que se tratara de un instituto de ciencias sociales, ¿cómo diablos se investiga para prevenir la delincuencia? Una vez ocurrida ésta sí es posible hacerlo. Pero esa labor corresponde conforme a la Constitución, a la policía judicial. Pero la DIPD hacía la misma tarea, sólo que al margen de la ley. Lindo fenómeno: un cuerpo que pretendía restaurar la legalidad obrando desde una situación contraria al derecho.

Pero eso era lo de menos. Lo de más era la brutalidad, la arbitrariedad, la ineficacia. Sobran indicaciones en expedientes oficiales sobre la participación del grupo *Jaguar*, de la DIPD, en el homicidio de 14 delincuentes a los que mataron para quedarse con el botín que aquéllos habían obtenido. Arrojados sus cuerpos en el drenaje de la ciudad de México, aparecieron en el río Tula, y con ese nombre quedó sellado lo que fue acaso el más negro episodio protagonizado por esas comisiones de seguridad, ese Servicio Secreto, esa División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia.

Ahora la DIPD ha desaparecido. Es decir, el nombre se suprime. El personal que perteneció antes a ese cuerpo pertenece ahora a la policía judicial. Que no se trate sólo de un bautizo que encubra la misma realidad es una demanda de los ciudadanos, hartos de ver brotar la inseguridad en los cuerpos del orden.